



ESTATUA DE FOUSSIN.

Nuestros lectores conocen varios cuadros de este célebre paisajista francés, por las copias que alguna vez hemos hecho de ellos por medio de los grabados de nuestro SEMANARIO. La patria en que vio la luz primera este artista famoso, menos ingrata que lo es generalmente la nuestra con los ingéñios que en ella nacen, ha honrado la memoria del pintor con una bella estatua de mármol, obra de Mr. Julien, de la que podrá formarse una idea en vista del grabado que encabeza estas líneas.

UNA TERTULIA EN CASA DE VICTOR HUGO.

Es imposible contemplar sin un profundo sentimiento de dolor y de pena, la deplorable caída de ciertos hombres, que levantados á inmensa altura por el poder solo y legítimo de su génio, prefieren descender de ella, y révolcarse en el sucio fango de las pasiones y de las miserias humanas, á mantenerse allí incólumes é immaculados. La multitud que los miraba como sus ídolos, como semi-dioses, se sorprende primero, se irrita después al ver que los que reverenciaba son seres del mismo grosero barro de que ella está formada; que tienen

sus propios instintos, sus propios impulsos, é idénticas y mezquinas aspiraciones. Entonces, juzgándose burlada, bafa y silba á los mismos á quienes antes creía divinidades.—Esta es la historia, la tristísima historia de muchos, de infinitos hombres, antiguos y modernos, que esclavos de la ambicion, no han sabido contentarse con los laureles literarios, con la pura y refulgente aureola de la poesía; y se han lanzado, al revés de Icaro, pero con igual resultado, desde el cielo á la tierra: esta es la historia,—haciendo ya las aplicaciones adecuadas á mi objeto,—esta es la historia reciente y lastimosa de Lamartine y de Victor Hugo.—Aquel era lisa y llanamente el primer poeta lírico de nuestro siglo; éste el hombre de mas génio y de mas imaginacion de la Europa.—Gigantes literarios los dos, prefirieron sin embargo ser pigmeos políticos, y cortando sus alas bajaron desde el templo elevado de la inmortalidad, al lodo repugnante del mundo. Al uno le pareció poco ser el autor de *las Meditaciones* y de *Yooslyn*, y quiso serlo de *los Girondinos* y de la revolucion de febrero; al otro no le pareció bastante haber escrito *Hernani*, *Lucrecia Borgia*, *Nuestra Señora de París*; y para completar su gloria se hizo periodista y orador demagogo!!—Tristes, deplorables aberraciones del espíritu humano! ¡Funesto destino de la época actual!

Pero si Lamartine y Victor Hugo han perdido su popularidad y su prestigio á los ojos del vulgo, todavía las inteligencias elevadas y los corazones generosos los contemplan con admiración y respeto: todavía, apuntando los ojos del hombre, se fijan con interés en el poeta; todavía, en fin, brilla y resplandece en ellos esa llama divina, que fulgura sus rayos sobre sus cabezas.

Condenados hoy por los que les ensalzaban ayer, arrojados del pedestal que les habia erigido el universo, insultados y ridiculizados por los mismos que antes coronaban de laurel su frente, perseguidos y combatidos por sus antiguos amigos, los dos debían haber devorado grandes amarguras y grandes desengaños. La situación de Lamartine especialmente, rodeado del poder, como los titanes que quisieron escalar el cielo, es más terrible aun que la de Victor Hugo, pretendiendo subir á él: este sueña y sonríe aun con él porvenir, y aspira á cambiar su magnífica corona de poeta por el vano título de ministro; aquel vuelve la vista tristemente á lo pasado, y siente haber trocado la suya por el falso oropel de la dorada silla. Con esa ceguera, atributo no solo del amor sino tambien de la ambición, el ejemplo del uno no adiestra al otro, y entrambos siguen igual senda, que ha de llevarlos al propio precipicio.

En las diferentes ocasiones que he estado en Paris, nunca hasta el año último me propuse tratar á Victor Hugo: dos ó tres veces me lo habian enseñado á lo lejos en una sesion del Instituto, y un día de recepcion en la Academia francesa; pero en el arroyo de su gloria y de su grandeza me inspiraba menos interés, ménos simpatía, que ahora, cuando el mismo se ha arrojado al suelo desde el elevado pedestal donde debia vivir ajeno á las miserias y á las pequenezas del mundo. — Quise ver, pues, á aquella divinidad caída; quise admirar á aquel astro eclipsado, y recordando que los domingos por la noche solia recibir en su casa el autor de las *Orientales*, solicité al honor de serle presentado.

Suponése generalmente á Victor Hugo vano, orgulloso, poco accesible; yo no puedo participar de semejante opinion, pues se mostró conmigo amable, parló y aliento en estremo. Verdad es que entre los infinitos curiosos que le visitan, distingue siempre á los españoles, á quienes profesa singular afición por creerse el mismo casi compatriota nuestro; pero esto no impide que yo le esté altamente agradecido por la cordial acogida que me dispensó. — La noche que yo le fui presentado no pensaba recibir el ilustre poeta, afligido por la situación de Eliza, su íntimo amigo, que se hallaba en sus últimos momentos; y sin embargo, sabiendo que debia yo marchar de Paris dos días después, faltó en obsequio mio á su propósito, é hizo abrir sus salones á mi casa. La reunion se resultó sin embargo de esto y fué poco numerosa; en cambio era bastante original. — Compañanla únicamente el secretario y un agregado de la embajada turca; un revolucionario italiano, que habia formado parte de las banderas de Garibaldi; el conocido intérprete Sr. Augusto Vaqueiro, comensal ordinario de Victor Hugo; el Sr. D. Cándido de Algarra, que tradujo un drama *D. Rodrigo Calderon* representado en el teatro del *Odeon*; y otras dos ó tres personas, entre ellas un inglés. Indid es añadir que la esposa del célebre poeta hacia las honores de su casa, acompañada de su hija, linda y candorosa niña de tres lustros, y de sus dos hijos, de los cuales el mayor, de 20 años, acaba de ser herido en desafío con un redactor del *Corsario*, Mr. Viennet, por una causa meramente política.

Victor Hugo dejó hace algun tiempo su antigua habitacion de la Plaza Real, y fué á instalarse en el centro de Paris, en la calle de Latour d'Auvergne, barrio de las *fortes* y otras gentes de la misma casta, donde ocupa un piso principal, adornado de la manera mas pintoresca, por no decir mas cara. Allí casi todo es antiguo, casi todo *mayen aye*: las cortinas de las puertas recuerdan las tapicerías de los estillos feudales; las ventanas tienen adornos góticos, y muchas vidrios de colores; los sillones son del mismo gusto, y aguarda uno ver ocuparlos á alguna sitiva castellana de tiempo de las cruzadas, en las paredes, al lado de una buena pintura de Van-Eyck ó de Rubens, se ven armas moriscas y trofeos militares. Aquí hay una mesa de pórlido, junto á un hecho romano; allí un diván oriental dominado por un escudo árabe; mas lejos un jarron etrusco, descansado sobre una consola moderna. Esta amargura, está desordenada en los muebles y en las óperas, si no es de buen efecto siempre, dá á la casa la aparéncia vistosa de un museo de curiosidades.

Cuando entré en el salon de tertulia, se hallaba ausente Victor Hugo, que habia ido á despedirse del moribundo Balzac; la vizcondesa su esposa, dama de esquisito buen tono, y de notable hermosura todavía, á pesar de sus cuarenta primavera, sostenia la conversacion con tanto ingenio como amenidad; á los turcos les hablaba del Gran señor; al inglés de una herida que iba á curarse en Paris; á Mr. Vaqueiro de la irreparable pérdida del libatro novelista, que aquella misma noche iba á escribir.

—Yo particularmente, esclamaba madama Victor Hugo, deba estarle reconocida: ¿no ha poelizado y rehabilitado él á la mujer de 40 años?..

Después, dirigiéndose al partidario de Garibaldi, jóven simpático y

elegante, y que hablaba el francés como un parisiense, añadió:

—¿Dónde fué V. herido, caballero?

—En la retirada de Roma, señora vizcondesa,—contestó el danés,— que no perdí ocasion de tributar este libelo aristocrático á la esposa del gran poeta, sin acordarse sin duda de que la república francesa los aboló todos desde el principio.

—Herida gloriosa,—dijo con énfasis el jóven Cándido, hijo mayor de Victor-Hugo,— á qué deba V. avanzarse!

Figúrense que en el rostro expresivo y burlesco del italiano aparecia una leve sonrisa irónica, que yo traduje de esta manera:

—Sin embargo, hubiere celebrado infinito no tener que envanecerme de ella.

—¿Ay! repuso el guerrillero, muy satisfecho de haber llamado á sí la atencion de los presentes; aseguro á V., señora vizcondesa, que fueron aquellos días terribles é inolvidables. Hostilizados, perseguidos por todas partes, carecimos de reposo, de pan, hasta de agua. A cada instante perdíamos un amigo, un hermano; las infelices mujeres que no habian querido separarse de sus maridos, caian víctimas de fatiga y de hambre. Muchas espiraban en los caminos ignorados por donde huíamos; otras se quedaban enfermas en los pueblos, para sufrir una muerte aun mas espantosa. Pero entre todas aquellas desventuras, ninguna tan digna de compasion como la esposa de nuestro general, el valiente Garibaldi.

—¿Por qué? preguntó Mrs. Hugo con los ojos ya arrasados en llanto.

—¿No sabe V. su historia, señora? replicó el italiano:—es una verdadera tragedia!

—Cuéntela V., cuéntela V., caballero; dijo uno de los turcos con vivísimo interés.

—Habiamos llegado á cierta miserable aldeuela,—comenzó á decir el guerrillero,—después de una marcha de doce horas, que rindió hasta á los hombres mas fuertes y briosos.—La esposa de nuestro general era la única que nos seguía ya; las otras se habian muerto en el camino, ó quedáronse enfermas en los lugares del tránsito. Pero al arribar allí la heroica mujer devorada por una ardiente calentura, tuvo que meterse en la cama, y el médico, que por caridad vino á visitarla, nos dijo que respondía de su vida si se le dejaban dos ó tres días de reposo y de sosiego.—Garibaldi creia haber desorientado á sus implacables perseguidores, y resolvió permanecer en aquel pacífico asilo hasta que su esposa se aliviara. Reconcomidos todos aquella noche, y cuando comenzáramos á gustar las delicias del sueño, nos despertó el ruido del vigia que teniamos colocado en una eminencia, el cual nos anunciaba la proximidad de las tropas austriacas.—Lanzamos un grito de terror y de angustia, y nos dispusimos á emprender nuevamente nuestra fuga, mientras el general corria á miserable torbellido reposaba plácidamente su consorte. Su primer pensamiento fué huir llevándosela en brazos; pero acordóse de la sinistra proteccion del médico, y varió de plan. Llamó entonces á los dueños de la casa; entrególes las pocas monedas que conservaba, su reloj de oro, y hasta las charretes que en tiempos mas prósperos tocó en las calles de Roma, en las revistas y en las paradas.

—Amigos míos,—les dijo derramando la primera lágrima que le fué visto verter nunca,—amigos míos, os confío cuanto poco en el mundo, mi esposa á quien idolatro, y hasta mi último carbon. Ocultadla de mis perseguidores, y cuidada mucho... Veo que es mi único tesoro!

Los aldeanos prometieron obedecerle, guardando el oro, el reloj, y las charretes; y nosotros emprendimos de nuevo la fuga por sendas casi impracticables.—Al cabo de una semana, espontáneamente el general y yo á ser sorprendidos veinte veces, volvimos á la aldea á buscar, á recoger el precioso depósito que dejáramos en poder de los rústicos; pero estos, trémulos y balbucientes, nos dijeron que la enferma habia espirado la propia noche de nuestra huida. Garibaldi no exhaló ni siquiera un suspiro; quedóse inmóvil, absorto, petrificado; y yo, tomándole entonces por la mano, le arrastré lejos de aquella casa, donde habia perdido cuanto le quedaba en el mundo.—A la salida del pueblo, encontramos al médico que nos reconoció al punto, y vino á hablarnos.

—¿Qué espantosa desgracia, señores! esclamó levantando los brazos al cielo.—¿Es posible que haya en la tierra gentes tan perversas é tan miserables?

—¿Por qué? preguntó yo con un presentimiento terrible.

—¿No lo saben VV. aun? añadió el pobre doctor estremeciéndose. Los inferos á quienes VV. conlaron la señora enferma, tuvieron miedo de los austriacos, y en cuanto VV. marcharon acribillaron una profunda fosa, y enterraron viva á la desventurada.

Todos cuantos oíamos la narracion del italiano lanzamos un grito de horror.

—El general—continuó aquel—furioso, frenético, desesperado, corrió á la casa de donde acabáramos de salir; pero no encontró ya á nadie. Todos se habian escapado, ó escondido, temerosos del castigo que merecia su odioso, su incomparable crimen. Garibaldi, cayendo en seguida en una postracion profunda, muy semejante al idio-

tismo, se dejó conducir por mí, y le coloqué sobre el caballo que la víspera habíamos cogido en una granja.

— ¡Ay Dios mío! exclamó la hija de Víctor Hugo con su candor y su gracia infantiles. — ¡Qué cosa tan horrible es la guerra! ¿No habría algún medio de suprimirla?

Esta ocurrencia, tan inocente y tan natural, nos hizo sonreír á todos los que nos estremecíamos poco antes.

Entonces entró en el salón Víctor Hugo; venía triste y afectado, porque á pesar de sus diversas tentativas, Balzac, moribundo ya, no le había conocido, no había estrechado su mano.

— ¡Triste destino de la humanidad, señores! dijo el ilustre escritor después de saludarnos, Balzac muere á poco de conseguir lo que durante su penosa existencia había deseado ardientemente: ser rico. Si: á pesar de su talento, de su reputación, de su gloria, Balzac fué siempre pobre. — Y, saben VV. por qué muere á los cincuenta y un años, cuando sus votos estaban satisfechos, cuando poseía una esposa que le amaba, fausto, opulencia, y hasta un título? — ¡Por haber trabajado tanto antes!

En seguida Víctor Hugo lanzó dos ó tres sangrientos epigramas contra la Academia francesa, que ha dejado morir al eminente novelista sin abrirle sus puertas, sin colocarle en el número de sus cuarenta *immortales*.

— En cambio, añadió amargamente volviéndose hácia mí, ¿conoce V. á Mr. Patin, á Mr. Flouréns, al duque de Noailles, hombres muy célebres en sus casas? Pues todos ellos son académicos, mientras Balzac, que era célebre en la Europa entera, ha bajado á la tumba sin serlo. — ¡Qué importa, si lo será en la primera elección Mr. Nissard, el célebre Mr. Nissard, de quien no habrá V. oído hablar nunca, en oposición con Alfredo de Musset, el culto, el ingenioso, el filósofo poeta, de quien todo el mundo ha oído hablar?

Esta profecía — y permitaseme la digresión — se ha visto recientemente realizada.

Lanzado en el camino de los epigramas y de los sarcasmos, Víctor Hugo los usó contra el presidente de la república, contra Mr. Barroche, ministro de lo Interior, contra su siglo, y contra su nación.

— Señores — dijo dirigiéndose á los dos turcos — á qué tiempos



(Victor Hugo.)

1833

habremos llegado, cuando la Turquía es hoy mas humana y mas liberal que la Francia!

El hizo justísimos elogios de la noble y generosa conducta del Sultán en la cuestión de los refugiados húngaros. — Luego, volviéndose hácia mí, me habló largamente de la España, de su niñez que pasó en Madrid, siendo gobernador de Guadalajara el general Hugo, su padre; de la casa del príncipe de Masserano que habitaban en la calle de la Reina; de sus impresiones y de sus recuerdos infantiles, pronunciando como parte de estos algunas frases en castellano. Por último, conmemoró otro viage que hizo á las provincias Vascongadas en 1844, estrenándose con vivo entusiasmo acerca de las costumbres sencillas y puras de aquel país, de su dulce clima, y de su magnífica vejetacion.

— Nada he visto en mis viages, me decía, tan pintoresco ni tan lindo como Pasages, á no ser el lago de Ginebra. — Y van VV. — añadía dirigiéndose á los españoles en general, — van VV. á visitar la Suiza, teniendo otra Suiza aun mas bella en su patria!

Llegó después su turno á la política, y Víctor Hugo y su hijo Carlos se expresaron cual dos demagogos furiosos, cual dos rojos *pur sang*. Después de haberse desahogado bastante en aquel terreno, y conociendo sin duda que la materia no era agradable á algunos de los oyentes, varió el ilustre poeta nuevamente de conversacion.

— ¿Y se acuerda alguien todavía de mí en España? me preguntó con acento melancólico.

— Nadie le ha olvidado á V., respondí. — Pero todos deploran que en vez de odas escriba V. artículos de periódico, y en vez de dramas discursos parlamentarios. En una palabra, todos sentimos que haya V. abandonado el culto de esa virgen hermosa é inmaculada que se llama la poesía, por entregarse al de esa torpe y bastarda prostituta, que se llama la política.

— ¡Ay! contestó Víctor Hugo exhalando un hondo suspiro; he obedecido al contagio de la época; me he visto arrastrado por el torrente de la opinion. Di el primer paso en la Cámara de los Pares, y Dios solo sabe dónde daré el último!

Y lanzó un nuevo suspiro: sin duda comparaba en aquel instante sus verdes laureles, su deslumbrante aureola de gloria, la admiracion unanime del universo, con los venenosos ataques de los diarios franceses, con las crueles caricaturas de los periódicos satíricos.

Antes de separarnos manifesté al sublime escritor la satisfaccion que tendria en poseer algun autógrafa suyo, dos, cuatro versos escritos de su mano; y él, con la amabilidad, con la galantería que no desmintió un solo momento, ofrecióme enviar á mi *hotel* lo que le pedia.

Eran las doce de la noche cuando los que habíamos asistido á la tertulia de Víctor Hugo, salíamos de su casa: aguardaba á los dos turcos en el patio un magnífico coche con dos soberbios caballos árabes; el partidario de Garibaldi no tenia carruaje alguno ni malo ni bueno.

—Señores, nos dijo á Algarra y á mí con alegre franqueza: pueden VV. darme un cigarro?

Ambos le hicimos presente nuestro sentimiento por no poder complacerle, en atención á no ser fumadores.

—Verá si soy más feliz con los turcos; repuso haciéndonos un gracioso saludo.

Parece que los turcos no fumaban tampoco; pues un instante después de haberles dirigido igual petición por la ventanilla del coche, volvió á acercarse á nosotros el italiano, y nos dijo alegrementé soltando una estrepitosa carcajada:

—La Turquía está tan desprovista como la España de tabaco!

Y se alejó rápidamente, tarareando una canción guerrera.

Dos días más tarde recibí de parte de Victor Hugo la carta y los versos con que voy á terminar este artículo, y por los que dentro de cien años pagaría cuanto se quisiera un lord inglés, ó un príncipe ruso:

Díce así la carta:

«J'ai, en fin, Monsieur de Navarrete, un instant, et j'en profite pour vous écrire. Croyez que j'ai été bien heureux de servir la main qui a écrit de si belles pages.

Tenez l'assurance de ma plus vive cordialité,

VICTOR HUGO.

Hé aquí ahora los versos, completamente inéditos:

...Espagnols! soyons frères!

Echangeons nos grandeurs! Du mème laurier d'or

couronnons, vous Corneille, et nous Campeador!

Fils du mème passé, la gloire est notre mère,

car vous avez Achille, et nous avons l'Homère!

No he creído necesario ni conveniente traducir la carta ni los versos: lo primero porque el idioma francés es ya bastante familiar en España; lo segundo, porque nunca tendré la osadía de querer interpretar dignamente los sublimes pensamientos de Victor Hugo.

RAMON DE NAVARRETE.

LOS CORREOS.

Petit amour d'un fort mauvais journal,
Qui d'Apollon vous croit les apôtres
Pour Dieu t'écrit d'écrire un peu moins mal,
Ou laissez-vous sur les écrits autres.
ROSSINI.

Nadie ignora que para que uno llegue á ser médico, debe haber estudiado cuando menos, bien ó mal, medicina, así como para ser abogado, leyes. Todas las profesiones, todas las carreras requieren lo que llamamos principios; haberlos cursado: es decir, que antes de ser algo necesita el hombre hacer que estudia diez ó doce años en universidad, ó probar, no importa el cómo, que efectivamente ha estudiado. A veces, no hay duda, se excusado este trabajo, el de hacer que se estudia y el de hacer ver que se ha estudiado, porque hay otros dos medios mas positivos de conseguir unas borlas de doctor, ó de ser una celebridad dramático-literaria, que el de devanarse los sesos sobre los libros. Poco versado estará en los negocios de este mundo positivo el que no conozca que estos dos medios son la protección y el dinero. *No hay hombre sin hombros*, dice el adagio, y también se han hecho proverbiales aquellos dos versos de un poeta satírico:

Poderoso caballero

Ex don dinero;

de dónde podemos deducir que

El hombre á quien asiste

Un buen bolsón de mójigana fruta,

Aunque sea un pato nada resiste,

cómo dijo con alguna variación otro vate, del mismo modo que aquel,

De magnate opulento protegido,

Si consigue encontrar dos consonantes,

Hijo será de Apolo bendecido,

por mas que sostenga que Lope de Vega y Garcilaso fueron turcos, y aunque su obtusa imaginación jamás haya creado una idea, entre las muchas palabras sin sentido que habrá creado.

Pero dejando aparte los dos medios infalibles de prosperar de que acabó de hacer mención, es indudable que para todo, hasta para no saber, estudian los hombres, en el siglo de las luces. Se escribían de esta regla general los censores de periódicos cuando los hay, y los periodistas. Los primeros, para conocer si un escrito es subversivo, antirreligioso ó inmoral, pueden salir del paso fácilmente preguntando el nombre del autor: en caso de que los antecedentes de este ofrezcan duda, se plantan al cabo de la calle con un *no puede correr*, sin que nadie les vaya á la mano, porque el *no puede correr* es la espada de Alejandro que corta todas las dificultades.

A los segundos, á los periodistas, les basta hacer en la molinera un decente canal de eso que se llama fraseología y saber estropear el castellano á la francesa; sobre todo deben ser pídignos de alabanzas, y han de medrar. Para un periodista, y particularmente para un *folletínista*, que sabe vivir en el mundo, todo cuanto en él existe es admirable: el que quiera adquirir una fortuna sólida y probar que la literatura á la política pueden convertirse en dos minas de oro, no tiene más que elogiar los vicios ó la ignorancia de ciertos hombres, que en diversas épocas han dado en la manía de creerse perfectos: esta manía no es nueva: data de la formación de la sociedad moderna, y al introducirse en ella la libertad de emitir libremente el pensamiento por medio de la imprenta, dió origen á los correos.

No voy á hablar de los *paquetes-correos*, de los *correos* que no son paquetes, de los *correos-express*, de los *pequeños-correos*, de los *correos de gabinete*, ni de otros infinitos. Su oficio es correr para llegar pronto, y como generalmente llenan su cometido, nada tengo que ver con ellos mientras sigan corriendo, pues el que va rectamente por donde debe, nunca puede ponerse al alcance de la penna satírica. Pero entre los mencionados correos, hafo también indios, que usurpan este nombre para darse alguna importancia, que de otro modo no pueden conseguir, ó que si no lo usurpan, aplicoselo ya en gracia de la interminable carrera que han emprendido.

Nunca se puede decir, por ejemplo, fulano es un *hombre-correo*, porque la última palabra indica una familia y no un género: úlese pues con propiedad *escritor-correo* ó *correo-escritor*, frase clara y significativa, porque explica una idea exacta, de constante y continua aplicación.

Para convencernos de esta verdad basta hojear los periódicos: todo se encóntra en ellos, bueno y malo, y se encóntra antes de tiempo: como el *correo-escritor* y sobre todo el *folletínista-correo* es el clarín de la fama destinado á prevenir el juicio del público; como lo previene de hecho, escribiendo, acerca del mérito de los hombres y de sus obras, cosas que, después de examinar la mercancía, suele condenar el mismo público, es preciso que no carezca de la suficiente trastienda para quedar siempre á cubierto de las necesidades que ha escrito con el fin de hacerse amigos, es decir, apoyos para ir subiendo. Y aquí tenemos también el origen de las referencias, de los equívocos y de las omisiones ambiguas, recursos que sirven de asidero al *correo-escritor* para estampar un segundo artículo, que contradice al primero, cuando se va algun tanto estrechado por el fallo de la opinión. Esto es lo que en literatura se llama *hacer á pluma y á pelo*, y en lenguaje vulgar *comer á dos carrillos*.

Los artículos de prevención, artículos encargados ó agradecidos de antemano, y en los cuales es requisito indispensable protestar contra toda influencia estraña, tienen asimismo sus nombres. Distingúense entre ellos los *hamanitas* ó *de puff*, si se trata de una comedia nueva, los *negociables* ó *de fantasia*, si tienen por objeto enumerar las *comodidades ventajas* de ciertos establecimientos públicos, y los *de amistad* ó *compromiso*, cuando se escribe el juicio ó análisis crítico de alguna obra detestable. Todos estos artículos son propiedad esclusiva del *correo-folletínista*: no se firman, por su puesto, ni se confiesa como parto propio, pero siempre llevan al pie un pseudónimo que todos conocen, lo cual no se opone en manera alguna á que su legítimo dueño los despedace sin piedad en las redacciones de todos los periódicos, menos en las de aquellos que los publican, lo cual equivale á despedazarle á sí mismo. En efecto, la sana crítica no se toma el trabajo de matar esos engendros, porque ya sabe que nacieron al nacer; su verdadero asesino es el desprecio público; sus mismos autores les dan el cachetazo abandonándolos á una suerte desgraciada, pero mercedida. Los tales artículos, cuyos padres primero son mártires que confesores, por mas que la vanidad del pseudónimo los desentubra, llevan también el nombre de *artículos-negrosos*, *artículos* de contrabando, tanto por lo que intrínsecamente producen, como por el secreto mal guardado que respecto á su procedencia se procura.

Sucede con frecuencia que un poeta sigo en la *questilla* de no periódico la comedia que se va á representar y luego salimos con que la comedia es suya; entonces se convierte el poeta en *correo-Narciso*, en autor enamorado de sus propias bellezas: su artículo, ya se sabe, queda designado con el título de *imparcial*.

La *imparcialidad*, la *comioconia profunda*, el *deso de acertar* y la *bucna fé* pertenecen de derecho á la fraseología del *escritor-correo*; sin estas palabras nada se puede escribir hoy que merezca ser leído. Cuando el *correo-gauchito* anuncia pomposamente una producción dramática, es claro que no puede manifestarse ni mas *imparcial*, ni mas *comioconia* de las excelencias de la obra. El tono de esos anuncios ha de ser, para que llene su objeto, alisonante y campanudo, y corresponde al género de los peluqueros y sacamuelas franceses, cuyas estupefactas habilidades empiezan á cubrir las cuartas planas de nuestros periódicos políticos. Por lo regular emplean poco mas ó menos de este modo:

Se ha leído, ó ya á leerse muy pronto, en el Teatro Español, ó se ha presentado á la empresa del Instituto, ó Variaciones, la comedia en tres actos (los tres actos bastan al día por ciento de la ley corajera) y en verso (ya no se escriben comedias en prosa: ¿quién no se poeta?) titulada..... de cuyo indispensable título he leído cada letra á los primeros escritores dramáticos. Estamos seguros de que dará muchas entradas, proporcionará á su joven autor, que tan brillantemente se inaugura en la difícil carrera del teatro (poco importa que las carreras se estimen por la gloria y el nombre á que lo hubiéramos acreedor.)

Esto significa que se ha escrito una mala comedia y que su joven autor aspira á que se represente, á cuando menos á que el círculo literario se la compre, en virtud de los encomios de la *gaceta-correa*. Pero á bien que el círculo literario tiene muchas más puntas de *circulo comercial* y sabe muy bien dando le aprueba el zapato; por eso se paga poco de esos mundos dramáticos y tiene en más el juicio del público que el de los inteligentes: aun así y todo hay sus mas y sus menos en cuanto al primeró, con el cual no siempre se conforma el círculo *editorial*. Por lo que toca al *folletino-correa*, ya se sabe qué por tener el derecho de leer *gratis* las producciones que se venden en las librerías y por dar un apretón de mano á cada autor, escribe á rosa y vellón en pró de todas las obras; y cada usted aquí á los pacientísimos directores de los periódicos comprometidos á insertar esos *artículos-correa*, que nunca llegan al término apetecido, á interesar al público, porque ya el público ha conocido que basta haber leído uno de ellos para enterarse del contenido de todos los demás.

Está precisamente la época mejor de hacerse á la vola los *artículos-correa-puff*; la época de los beneficios. No llega uno de estos, al cual no precedan cuatro ó seis de aquellos: forman las vanguardias de las funciones dramáticas, coreográficas y líricas, las avanzadillas que se cruzan para sorprender los rezagados bolsillos de aquellas buenas almas, que miden el mérito de lo que van á oír y ver por los injenios que han leído.

Segun las noticias de los *correa-dramáticos*, uno se escriben muchas producciones ó estas no se conocen en Madrid, al menos en sus teatros. Todas forman á armentan la reputación de sus autores; todas ocupan los *estantes mas distinguidos de la república de las letras*. Y los estantes siempre firmes, á pesar de tan enorme peso... Si la comedia se ha escrito en París, ahí es ella: una se ha representado *ciento días y nueve noches seguidas*; otra *noventa y siete*; menos de *ochenta* ninguna. Esta alboró; aquella nadie sabe lo que hizo, y todo, por supuesto, en París, en la capital ilustrada, y en nombrando á París, no hay mas que cerrar los ojos, aviedo y amen, porque sabido es que todo lo grande, todo lo inaudito, todo lo increíble nos viene de aquella encantada region, á cuyos adelantos debemos los pobres españoles, si hemos de creer á los *folletinos-correa*, hasta el modo de andar.

Acontece tambien no pocas veces que el *correa añade*: el drama *H.. ha hecho furor en los principales teatros de provincia*, sacrasimo horrible lanzado á las empresas de la corte, que suele ser desmentido por los anuncios de los citados teatros. Pero ¿qué importa? El drama quedó admitido; se representó *admirablemente*, esto ya se sabe, en la calle del Príncipe ó en la de Valverde; hubo un lleno la primera noche y el *correa-gaceta* dijo al siguiente día: «Por fuerza habia de gustar...» «Cuando yo aseguraba que tiene situaciones dramáticas de primer órden. Siento mucho no haber podido asistir á su estreno, pero iré esta noche sin falta.»—Pero, hombre, si fué silbado, le contesta el amigo con quien habla.—¿De veras?—*Fiasco completo*.—Ya.—¿Lo dudas?—No... no lo dudo precisamente, pero... sí... no lo estrenó, porque ya eché de ver al leerlo que el autor ha estado poco feo en la pintura de caracteres; además es algo floja y bastante descuidada la verificación, y luego aquellas escenas interminables... ¿Con que silba eh? ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Que escriba, que escriba dramas el bueno de N. y que vuelva por otra.

Va es tiempo de que nuestros autores y actores empiecen á conocer sus verdaderos intereses: el primer paso que de ellos exige el lustre de nuestra escena es el desprecio con que deben mirar los desmedidos elogios de ciertos escritores cuyas plumas parece que solo sepan á ridiculizarlos. El anuncio de una función nueva es bastante llamativo para el público. ¿Qué importa no tener el teatro lleno la primera noche? Ya lo estarán las sueltas, si la producción lo merece. Enseñarla anticipadamente es engañar á ese público, es negarle hasta cierto punto el derecho de juzgar: y este engaño, esta negativa puede redundar en perjuicio del teatro nacional, que á todos nos interesa sostener.

Una eleccion imparcial, reiterados ensayos, acertada distribución de partes; hé aquí el verdadero modo que tienen las empresas de llevar la concurrencia á los teatros. Si no salen de esta senda tendrán el público por suyo, porque el público obedece al impulso que le imprimen la ilustración y el buen gusto; si ceden por el contrario á *literarios compromisos*, si continúan aceptando como oro de buena ley los

intempestivos y vergonzantes adulaciones de algunos escritores, no se distraerán que solo veamos en los teatros de Madrid *foscos bufidos* por representaciones dramáticas, y por críticos juiciosos y concienzudos *folletinos-correa*.

ABEN-ZAIDE.

DOLORES.

CAPITULO III.

DOLORES Y RODRIGO.

Podríamos lucirnos, si quisiéramos, comenzar este capítulo con la brillante descripción de las magníficas justas celebradas en Valladolid la tarde del próspero día en que recibió las aguas del bautismo el augusto heredero del trono de Castilla. Podríamos consignar aquí innumerables hechos que mostrasen la bravura y destreza que sabían ostentar en aquellas heliocas fiestas los nobles castellanos, y al instante se nos vendrían á la pluma cien clarísimos nombres, como Estúñiga, Arellano, Poace de Leba, Mendoza, Guzman, Osorio, Pimentel, Manrique de Lara, Tovar, Rojas, Girón, Herrera, Enriquez, Velasco, y otros muchos que brillaban entonces en la corte de D. Juan II, y que con mayor ó menor fortuna han legado á nuestro siglo venerables y graves, entre el confuso tropel de las modernas aristocracias. Podríamos dar muestras de nuestros conocimientos heráldicos describiendo minuciosamente los diferentes blasones que ostentaban aquel día tantos ilustres señores, y ni aun nos hallaríamos embarazados para hacer cumplidos retratos de las infinitas bellezas que con sus dulces miradas inundaban á los contentientes generoso ardimiento, premiándolo despues con riquísimas bandas bordadas por sus manos y desprendidas de su pecho.

Nada de lo que podríamos decir diremos sin embargo; nos hemos propuesto ser laconicos, por lo mismo de ser rarísima esta realidad entre las novelas de nuestra época, que, sin exceptuar al mismo Lomas (cuyo ingenio por otra parte admiramos), tienen tan estremado placer en charlar con el pacientísimo público, que se detienen capítulos enteros en la prolija esplicacion de los mas insignificantes pormenores, rabiando por describir hasta lo que parece indescribible. ¿Ni qué decírademas en punto á justas, torneos y otros rasos característicos de la edad media, despues que andan de mano en mano los hechiceros fibros de Walter Scott, el mas inteligente, el mas profundo, el mas brillante y elocvente pintor de los tiempos caballerescos? Nosotros dejamos el cuidado de tantos copiantes de brocha gorda como abundan en nuestra España, el reproducir losamente los imitables rasgos que nos ha trazado con milagroso pincel aquella mano maestra, y confesamos ingenuamente que, á mas de no ser tan orgullosos que inventemos igualarnos al novísimo escocés, ni tan humildes que nos contentemos con copiarlo, se nos antoja traer que daríamos pruebas de inaportunos y hasta de impertinentes si pretendiéramos enliferar con descripciones de marciales fiestas y de heroicas galanterías al público de *nuestra actualidad*; á ese público bursátil y coreográfico que pasa los días jugando á la *alta* ó á la *baja*; y las noches conteniendo por la *Guy* por la *Fuoco*, por la *Nova*, ó por la *Vargas*: ¡tú de ese público, á maravilla inteligente en lo tocante á *baillables* y *baillinas*, pero que nos engadamos mucho si fuese útero apretador de los buenos golpes de lanza y de los platinicos amores. Y no se entienda por lo dicho que somos ciegos admiradores de las pasadas edades, ni mucho menos que intentamos declinar contra aquella en que le plugo al cielo hacernos venir al mundo. Nosotros tenemos una filosofía que no es propia: creemos que todos los tiempos son lo que es preciso que sean, y que así como en los individuos hay defectos inherentes á sus mismas virtudes (defectos de sus calidades como dicen los franceses), así las costumbres tienen sus males inseparables de sus bienes. No esplañamos mas esta idea, si es que es una idea, y arrepentidos ya de habernos metido en tales honduras, volveremos á tomar sencillamente el hilo de nuestra verdadera relación, despues de declarar con toda ingenuidad que por nuestra parte estamos mas por lo presente que por lo pasado; que nos es mas grata asistir á las contiendas en que las sifidas del Olana y de Sena se disputan admirablemente la supremacia en lijereta y habilidad pedestre, que nos hubiera placido ser espectadores de aquellas luchas muéltas veces sangrientas, en las que se aplaudían las lanzadas como ahora se aplauden las púrelas. Entonces era el reinado de los brazos; á

(4) Estas páginas se escribían en el período de mayor entusiasmo que la doncella del baile en nuestra comarca villa: en aquellas, por fortuna ya pasadas días, en que el teatro Español se veía desierto; el de la ópera en crisis, y el público en tropel se disputaba las localidades del Circo, donde cada noche podían iniciarse y costear oraciones las dos ochocenas bailarinas extranjeras que arriba mencionamos; mientras sus compañeros españoles alternaban también isopéyicos minutos de baile por parte de los asistentes al modesto teatro del Príncipe. La saga del baile lo pagaba: las desdichadas coreógrafas eran víctimas de sus almas. Nosotros se podíamos menos de alegrarnos de que las lluvias que caían en esta hora salgasen á las calles y

nosotros más loza la soberanía de los paises; acaso llegue tiempo en que tenga su turno la esclava, y no sabemos si cuando esta consiga el otro lado las cosas mejor de lo que han ido hasta aquí. Sea de ello lo que fuere, nosotros rogamos al lector que se sirva atender á los antecedentes de que queremos instruirlo, primero que pasar adelante en el conocimiento del relato.

Cuatro meses antes del día que nos ha prestado argumento para los precedentes capítulos, la casualidad reunió en un sarao con que celebraba sus bodas D. Juan de Avelaneda, á la hija de los condes de Castro y al sobrino del condestable de Castilla. La casualidad los reunió una vez, y el amor supo proporcionárselos desde entónces otros muchos encuentros que á los ojos indiferentes también podrían pasar por eventuales.

Hasta el momento en que vió por primera vez á la peregrina doncella, había sido el jóven Luis infatigable galanteador de cuantas bellezas brillaban en la corte, y aun en regiones menos elevadas, alcanzando, no obstante sus pocos años y sus gustos literarios, la poca envidiable fama de *calavera* y *libertino*, que sólo tenía por fundamento los multiplicados cuanto pasajeros devaneos á que se había ávidamente entregado en aquellos primeros años de su puerz juvenil. Pero conocer á Dolores y amarla, con aquel amor, único en la vida, que termina de golpe todas las volubilidades é incertidumbres del corazón, había sido para Rodrigo la obra de un solo instante. Ella, por su parte, que no conocía otros afectos que los de la piedad religiosa y aquellos que inspira la familia, experimentó nuevas y extraordinarias sensaciones al encontrar su tímida mirada la mirada ardiente del enamorado mozo, y toda la instintiva resistencia del pecado original no pudo preservarla de amarle con entusiasmo, como aman generalmente las almas que no se han marchitado todavía, que no han adquirido en la amarga escuela de la experiencia aquella desencantadora desconfianza que estiene su nupelo hasta sobre el propio corazón, haciéndolos dudar no solamente de lo que inspiramos, sino también de lo que sentimos.

Dolores almacenaba en su pecho todas las dulces ilusiones de una primera pasión, que nada teme porque se siente fuerte; que en todo cree porque tiene fe en sí misma; y que no previendo la posibilidad de su fin, llega á olvidarse de su reciente principio, haciéndose como inmutable é inseparable de la vida.

Pero, á pesar de todo, Dolores no dejaba de comprender que su union con el que amaba debía encontrar obstáculo en la altivez de su familia, y en especial de su madre, en cuya alma era el orgullo la pasión enérgica y dominante.

Rodrigo, más feliz, no pensaba lo mismo. Aunque bastante enamorado para concebirse indigno de un tesoro como Dolores, fascinábase con la idea de que conseguiría su mano, fundando aquella grata esperanza en el ilustre apellido que llevaba, en la no despreciable hacienda que poseía, y en tener por protector y pariente al personaje que mas que don Juan II gobernaba en Castilla. Olvidaba el amante la circunstancia que mas preocupaba á su querida para influirle los temores: olvidaba que tanto él como su enamorado deudo debían la existencia á mujeres de infima clase y de no honesta nombradía, á las que sus nobles y libertinos amantes jamás habían honrado con el título de esposas. Acaso no comprendía Rodrigo toda la importancia que debía tener aquella triste circunstancia á los ojos de la ilustre familia con quien deseaba entazarse, ó acaso el alto favor de su tío le pareca una ventaja suficiente á compensar satisfactoriamente la falta que le plugo al destino poner en su nacimiento. Mas Dolores, como ya indicamos, no participaba de las mismas creencias; alifilaba la certeza de que su elección no alcanzaría fácilmente el beneplácito de su padre, y temblaba al pensar en el carácter de su madre, mujer capaz de armanear el corazón con sus propias manos antes que dejarle abrigar cualquier sentimiento indigno de su orgullo indomable ó contrario á su razon inflexible.

La jóven se dijo á sí misma primero, y después á su amante, que era absolutamente preciso confiar sus amores al privado, y que éste le alcanzase la protección del rey, única que en concepto de Dolores podía allanar todos los inconvenientes. Llegando á fela puerta sus combatidas esperanzas, Rodrigo, siguiendo tan prudente consejo, abrió su alma al condestable, y vió con indelible regocijo que era acogida su confidencia sin inhumanes muestras de satisfacción y agrado. En efecto, la union de su sobrino con la hija de los condes de Castro parecia un pensamiento dictado por su política. Conocía muy bien don Álvaro la poca confianza que debe cimentarse en la amistad de los príncipes; no se le ocultaban tampoco los peligros de su situación, y aun que no bramaba todavía la tempestad que le arrojó mas tarde de la cima del mas escandaloso poder al abismo profundo de la mas inconcebible desgracia, veía el favorito formarse ya sobre su cabeza, y agitarse y estenderse sordamente con una rapidez que anunciaba no estaba lejano el momento de su primer estallido. El adelantado don Diego Gomez de Sandoval no era solamente uno de los jefes más poderosos

del reino; no era solamente un personaje de la primera distincion enlazado con muchas familias de alta importancia é influencia; era, además de todo, el consejero más íntimo y respetado de don Juan de Aragón, cabeza y alma del partido mas temible que en contra del condestable comenzaba á organizarse en Castilla. Unir su familia con la de aquel magnate debía juzgarse acto de grande acierto por parte de don Álvaro, y aquel enlace tan ventajoso en el sentido político, no lo era menos bajo el aspecto social, pues por la fortuna como por el nacimiento Dolores Gomez de Sandoval era uno de los mas brillantes partidos de Castilla.

El lector comprenderá, por tanto, sin necesidad de mayores esplicaciones, que el condestable no descuidó en manera alguna los buenos votos de su jóven pariente, y ya hemos visto que supo disponer, nada menos que *por real, orden* el casamiento de los dos amantes que con tanto acierto le habían confiado su destino.

Dolores, que esperando el resultado de los sucesos preparados para aquel día, no se apartó de las imágenes de su devocion mientras duró la ausencia de sus padres, contaba unas tras otras las horas con dolorosa impaciencia, cuando vino á interrumpir sus oraciones y á distraerla momentáneamente de sus pensamientos su duña Mari-García. Era esta una mujer de cuarenta y ocho á cincuenta años, alta, enjuta, acartonada, de aspecto tan poca femenino, que á primera vista se la podía tomar por un hombre disfrazado con traje del otro sexo; pero mas convulsiva esta idea, presentaba la parte inferior de su anguloso semblante algunos vellos tan robustos y ásperos que estaban alzando el aurillo de la navaja, y tenía su voz unos sonidos tan broncos y tan duros, que mas parecia propia para manejar la manija de un buque que para dictar consejos á una niña. Pero si en lo físico disimulaba perfectamente que era mujer la duña Mari-García, descubriólo en lo moral, pues era imposible hallar otra mas curiosa entre las hijas de Eva, asociando á esta realidad la de regañona, antojadiza y palera. A pesar de esto último parecia la completa confianza de sus amos, lo que nos obliga á creer que su loquacidad no perjudicaba en lo mas mínimo á su discrecion y reserva.

Entró aquella mujer muy despecho en el aposento de Dolores, empujó suavemente la puerta del oratorio, y asomó su barbada cara, al mismo tiempo que la jóven, que se mantenía de rodillas delante de su altar, volvió con prontitud hacia ella sus bellísimos ojos, alarmada por el leve rumor producido por las pisadas de la duña.

Soy yo, hijo ésta, procurando corearos. ¿Es posible que os halla de esa manera todavía? Bien está que no queráis acompañar á vuestros padres á la ceremonia del bautizo y al banquete real, puesto que no os sentais muy buena en las primeras horas de la mañana; pero tenéis ahora un semblante de salud que encanta la vista, y me parece que es tiempo de que penseis en vuestras galas. No prestamo que queráis también privaros de asistir á las justas, no teniendo que hacer mas para verlas que poneros al balcón; precisamente frente por frente de él está el tablado lujosamente vestido en que presenciare la fiesta S. A. don Juan II; y os advierto que muchas damas convidadas por la condesa vendrán á casa esta tarde. Como en la presente estacion son estas tan cortas, el banquete deberá concluirse muy pronto; creo que estéis dispuesto para la una en punto, y van á dar las tres, á cuya hora se debe abrir el palenque; mirad pues si es preciso que tratéis de aderezaros.

—Las tres ya! murmuró Dolores. El rey habia hablado ya precisamente. ¡Ya lo sabrán todos!

La duña, que no entendió una palabra de las que entre dientes articuló la jóven, sacó de un guarda-ropa un hermoso vestido azul celeste y lo desplegó á su vista, diciendo con mal humor: tanto rezar no produce á nada; no es sordo ni olvidadizo Dios nuestro Señor para qué sea menester hablarle incessantemente de una misma cosa. ¿Queréis este traje? Si no, podéis lucir hoy la rica saya de velludo que os regaló vuestro tío hace tres meses, el día que cumplisteis 16 años, y que todavía no ha tenido el gusto de veros nunca.

Dolores se puso en pié sacudiendo con aire melancólico su profusa cabellera color de castaña, y dijo con dulce voz, pero con tono mohino: No estoy para fiestas, mi buena María. Despues que veaga mi madre, despues que la haya visto, entonces tal vez me animaré mas y pensaré en las justas. Dejadme ahora tranquila; os lo suplico.

—Pero cuando venga la condesa, replicó la García, mas enojada aun, ya no será tiempo de vestirlos. ¡Válgame Dios con una niña de 16 años que no gusta de atavíos! Pero no, á mí no me haréis creer, como á vuestra madre, que lo que tanto os preocupa es el deseo de meteros monja; no por cierto; no se me ha pasado por alto la causa verdadera de esas cavilaciones, y os digo que vale cien veces mas vuestro primo Antierre de Sandoval, que el mozo de los cabellos rizados que siempre anda rondando por la plaza y acarreando nuestros balcones.

Dolores se inmóvil por unos de que le diese tiempo de responder á la duña, repentinamente ruidos de pasos y de voces vino á llamar poderosamente la atención de ambas.

—¡Son los condes! exclamó Mari-García, saltando sobre una silla el vestido que tenía en la mano.

—¡Mis padres! repitió por tres veces la joven, temblando de pies á cabeza y poniéndose mas blanca que la cera.

Corrió á recibir á la señora, dijo la dueña: bueno será su humor cuando sepa que estais así todavía.

Y salió en efecto cuidándose poco del aspecto verdaderamente alarmante que presentaba Dolores. Quedóse esta por espacio de diez minutos inmóvil en su sitio, toda absorta en escuchar: pero nada se oía. El ruido causado por la llegada de los condes se habia ido calmando progresivamente.

La joven no pudo resistir su dolorosa ansiedad y salió de puntillas hasta los corredores. Estaban desiertos, y siguió andando cautelosamente sin saber ella misma á donde se dirigía.

Mari-García, que la habia dejado tan brusca pensando que su ama vendria bastante complacida para encontrarse dispuesta á soportar su charla y á contentar algun tanto su curiosidad volviendo circunstancias del banquete regio, se habia hallado tan desahogada en su esperanza, que tuvo á bien recurrir á los escuderos para saber algo, y la condesa y su marido se encerraron solos en el gabinete particular que tenia destinado á su tocador aquella dama.

Dolores, no encontrando á nadie, atravesó algunas salas de aquella vastísima casa y se halló casualmente delante de la puerta del gabinete mencionado, escuchando entonces la voz de una persona que hablaba dentro, y que reconoció al punto. Se acercó temblando y casi sin respirar hasta la puerta, y pudo escuchar bastante distintamente el diálogo siguiente:

—Os repito, decía doña Beatriz en el instante en que Dolores aplicaba el oído á la cerraja, os repito que es una burla indecente, un ultraje premeditado. Bien sabe el rey que nos es imposible aceptar tan vergonzoso enlace: pero se ha querido escarnecernos, don Diego: se ha querido humillarnos á la faz de la corte.

—Os engaños, Beatriz, respondió el adelantado. Don Juan II está sabrado ciego para poder medir la distancia que separa á Rodrigo de Luna de la hija de los condes de Castro: ha creído sinceramente que nos hacia honor al proponernos esa alianza. Además; no ha visto á os Portocarreros dárse por muy felices en emparentar con el hijo de la prostituta de Cañete?

—¡Miserables! exclamó doña Beatriz con tono de desprecio inimitable, añadiendo en seguida: El rey debe comprender que los Sandovalos y las Avellanedas no se semejan en nada á los Portocarreros, ó cualesquiera otros para quienes el caprichoso favor de un príncipe débil sea suficiente á prestar valia á oscuros advenedizos, dándoles el derecho de igualarse con ellos.

—El rey, repuso con amargo acento don Diego, no piensa en cosa alguna, como no sea en complacer á su privado. ¡Rodrigo de Luna! añadió: no podia S. A. haber escogido á mi hija un esposo que me fuese menos agradable y que seguramente mereciera mas la desaprobación del infante. ¿Que dirá don Juan de Aragon de semejante casamiento?

—¿Pues es acaso posible? prorumpió la condesa: ¿pensais que ese casamiento debe verificarse?

—Señora, respondió el adelantado: nael vasallo del rey de Castilla, y bien sabeis que ha sido orden suya, orden terminante, que ese enlace se realice.

—La potestad del rey no se estiene á tanto, exclamó con voz trémula de cólera la altiva doña Beatriz: no es dueño el rey del honor de sus súbditos: no puede mandar que se infamen por dar gusto solamente á su ambicioso favorito. Así se lo diréis á S. A., don Diego: así se lo diréis.

—Cuando se agita en vos el orgullo jamás escuchais á la prudencia, dijo el adelantado. Beatriz, lo que estais diciendo es un desatino. Yo hablaré con el infante: buscaré medios honrosos y dignos de evadir el terrible empeño en que nos vemos metidos; pero mientras tanto es preciso disimular y mostrar á todos el profundo respeto con que acobajamos las ordenes del monarca.

—¡Nunca! nunca disimularé la indignacion justísima que siento! gritó fuera de si la condesa. Nadie podrá presumir un solo instante que he aceptado con sumision la ignominiosa propuesta de esa indigna alianza. Tenedlo entendido, don Diego, y obrad como querais, pero en el concepto seguro de que antes mataria á mi hija que dársela por esposa al hijo ilegítimo de la verdulera de Tordesillas.

Un grito lastimero y hondo siguió inmediatamente á esta declaracion de la condesa: oyóse al mismo tiempo el golpe de un cuerpo contra el pavimento al otro lado de la puerta que separaba aquella estancia de la contigua, y al abrirse asustados los condes hallaron á Dolores fría y sin conocimiento delante del umbral que ensangrentaba su herida y desmelenada cabeza.

—¡Nos estaba escuchando! exclamó el adelantado bajándose para tomarla en sus brazos. Nos estaba escuchando, y el estado en que la vemos nos prueba la verdad de lo que asegura el rey.

—¿Qué asegura el rey? preguntó toda trémula la condesa, mientras limpiaba con su pañuelo la ensangrentada frente de su hija.

Que esta infeliz ama á Rodrigo, contestó don Diego: que el marido que él la da es el escogido por ella.

Doña Beatriz se apartó de Dolores con gesto de repugnancia y horror, y en tanto que á las voces del conde acudian los criados de la casa y le ayudaban á trasportar al lecho á la pobre niña, aquella mujer orgullosa retrocediendo hasta el fondo del gabinete se dejó caer desplomada en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos y articulando con abogadro acentos.—¡Muera en buen hora si es cierto que lo ama!

(Continuará.)—G. G. DE AVELLANEDA.

LA CAUCELA.

Peculiar es de Sevilla,
de la encumbrada ciudad
que del Betis en la orilla
es el emporio y la silla
de la gracia y la lealdad;

La primorosa *Caucele*,
que el patio y portal divide,
y es transparente cautela
que contra importunos vela;
y que la vista no inapide.

¿De quién será la invencion?
de alguna vieja curiosa....
de alguna madre celosa....
Lo que yo sé es que un ladrón
no pudo inventar tal cosa.

¿Si será rod que tendió
el amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
cabe casi duda, yo
por rod de amor la reputo.

Y rod tan particular,
de malicia tan artera,
que se suelen enredar
en ella de almas un par;
una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
de hierro, cuyas labores,
transparente cortinaje
ó leve y sutil celaje
son para unos amadores;

Mientras para otro son muro
de fuerte cárcel impía:
tú para mí fantasia
producto eres de un conjuro,
un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo,
que es de porticentos estera,
véate de cualquier modo:
para observarte acomodo
tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven
por tu espacio transparente
á una luz resplandeciente,
cual no la logró el Edén
ni la dá el sol en Oriente,
Columnas de mármoles ricas
y entre arabescos y entre flores
de vivísimos colores,
una fuente, cuyo pico
de plata, murmura amores.

Y allí en sombras misteriosas
en el último conito,
un fresco oscuro jardín,
donde estrellas olorosas
son las flores de un jazmín;

Y entre fragancia y frescura
suele daros la caucele
una voz sonora y pura,
que sus acentos mesura
con el clave ó la ribuela.

Y el apacible murmullo
de tertulia bulliciosa,
y la vista de una hermosa
de las que son el orgullo
de esta tierra deliciosa.

Como silfida del aire
por el pátio cruza leve,
con tallo esbelto, pié breve,
y con andaluz donaire
que en fuego torna la nieve.

¿Y si una aparición tal
se acerca con interés
á la Cancela y portal,
de qué misero mortal
no arrastra el alma y los pies?

Pues desde el pátio mirada
la cancela transparente
es cosa muy diferente,
mas no menos encantada
para el que observarle intente.

Se presenta un cuadro á oscuras
por do cruzan silenciosas,
vagas, confusas, horrosas,
mil fantásticas figuras
de apariencias caprichosas.

Y en donde se vé la noche
y se escuchan sus murmullos,
de las auras los arullos,
lejano rumor de un coche
y ladridos y maullidos.

Pasa como fituo fuego
de algún sereno la luz,
un grupo sin formas luego,
y con pausado sosiego
un embozado andaluz.

Y la chuspa de un cigarro,
un hulto blanco y ligero,
el Santo Olio, el amirero,
y los cántaros y el carro
del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa
fatigada de paseo,
y la charla nada escasa,
en muy sabroso ceceo,
de familia que va á casa.

De una puerta el aldabon....
una guitarra... un silfido....
en fin, de la confesion
de una inmensa poblacion
el soñoliento ruido.

Acaso un bulto se vé
allá en la pared de enfrente,
que aguarda inmóvil á que esté
sola la casa, porque
le es importuna la gente.

Y en cuanto solo se mira,
timido hácia la Cancela
ya se acerca y se retira,
ya finje tós, ya suspira,
y esperar le desconsiela.

Hasta que dentro la hermosa
silfida ó aparición,
que tambien una ocasion
está esperando anhelosa
con inquieto corazón;

De la tertulias pesada
cuando irse al último vé,
y solo el pátio, porque
al gazpacho ó ensalada
toda la familia fué,

Lo encuentra, la seña dá,
y linda se deja ver
mas bien ángel que mujer,
para el que esperando está
cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera,
y de adentro la deidad,
van á unirse de carrera,
y la red de hierro artera
se atraviesa sin piedád.

Y ambos que blando algodón
se torne la dura reja,
ó quien dan su maldicion,
píden al amor, que deja
las cosas como ellas son:

Et unque ne RIVAF.



{Francia.—Castillo de Foix.}